

Crónica para Alcolea

Henos aquí, cámara en ristre, con las claras de un sábado, dispuesto a no dejar motivo de interés sin recoger para la posteridad, a jugar con luces y sombras, a buscar gentes y enfoques. Y nos buscamos —como tontos— a la concejala María Angeles «la chiquita piconera», y a José Enrique, ese maravilloso chiflado, que en los ratos libres, ejerce de secretario, y él, a su vez, a Julián Casero, 77 añitos andando por la zona y calculando mal las distancias. Y hale, al campo, a subir al pingorote de la ermita de la Santa Cruz, a bajar a los abismos de las cuevas y, sobre todo, al Puente de las Ovejas. Lo del puente merece capítulo aparte: no se podía pasar con coche y dice el buen Julián que «a unos dos kilómetros». Por lo menos a seis y otros tantos de vuelta, claro. María Angeles con tacones, yo con zapatos de calle peatonal y Julián, bueno, lo hemos dicho, con 77 años. Glorioso. Personalmente llegué a pensar que el Puente de las Ovejas era el Puente de Triana. Eso sí, el paseo mereció la pena: liebres, conejos, perdices a cada paso, y el puente, paso obligado de las cañadas segoviana y soriana que se unen poco

antes. Lugar ecológico donde los haya, con un montón de tortugas en estado felizmente silvestre (por favor, no vayan a fastidiarlas por este escrito), cargado de tradición ganadera, fresco y precioso. Tengo que volver, con botas, con bota, con sartén y con un borrego para hacerle pasar el puente y convertirlo en caldereta al otro lado. Es una reivindicación, y además quiero pasar un rato con estas personas fenomenales, sencillas, cariñosas y amables como ellas solas. Gracias por vuestra colaboración pero, sobre todo, gracias por ser como sois.

Texto y fotos: LUIS NOCI UZURIAGA



Iglesia Parroquial de Alcolea

Puente de las Ovejas

